

LA VOZ DE LA CARIDAD

NUM. 29.—15 de Mayo de 1871.



*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. 1, 4, 8.)*

MONTES DE PIEDAD Y CASAS DE PRESTAMO.

Cuando se visita un manicomio, un hospital ó una Inclusa, un asilo cualquiera de los que la compasion abre al dolor, el corazon se conmueve, el ánimo se aflige, y recordamos con pena el enfermo que padecia mas, el demente que estaba mas agitado, y el niño que lloraba con voz mas debil. Pero si los establecimientos benéficos corresponden á su objeto y á su nombre, á la dolorosa impresion que causan los desdichados que allí sufren, va unida una especie de consuelo, considerando los cuidados que reciben, y cómo los padecimientos de la desventura se atenuan con los auxilios de la caridad.

Hay un establecimiento, del que se sale con el ánimo mas afligido que del hospital ó del manicomio; que deja impresiones, cuya amargura nada dulcifica; que despierta ideas lúgubres; que inspira sentimientos doloridos; que comunica impulsos de cólera é indignacion: el establecimiento á que nos referimos se llama *Casa de Préstamos*.

La Casa de Préstamos es la codicia, explotando indistintamente el vicio, el crimen, el dolor y la ignorancia. Hace años ya, se vendia en una de ellas gran número y variedad de objetos, como suele acontecer periódicamente; entré con una amiga que iba á comprar, y á quien no pude disuadir de su propósito; entré con repugnancia, como se entra en una clínica á estudiar una enfermedad asquerosa; habia mucha gente ajustando y regateando: me senté en un rincón, á ver con amargura y asombro, cómo todas aquellas personas, probablemente honradas, se hacian cómplices de la especulacion inmoral; cómo daban vueltas á ropas, y examinaban alhajas, ni mas ni menos que si estuvieran en un almacén ó platería, sin pensar que el objeto que tenian en la mano habia pertenecido á un criminal, á un vicioso, ó á un desdichado, y que cada cosa de las que allí habia,

era una historia siniestra, indecente ó dolorida. Es triste ver con qué facilidad el hombre que va á cualquier parte con una idea, prescinde de todas las otras, como si la razon y la conciencia, la dignidad y el decoro, no debieran acompañarnos á donde quiera que vayamos, y como si hubiera ninguna accion indiferente, y no estuvieran todas dentro ó fuera de las leyes de la moral. La gente que acudía á la casa de préstamos iba á comprar barato, y no se cuidaba de nada, absolutamente de nada mas.

Mirando aquel cuadro animado, para mí tan doloroso, mi corazon recibió como un choque violento; acababa de ver dos objetos que conocia: una escribanía de plata con una cifra, y un reló esmaltado y cincelado, cuyas figuras y labores le hacian facilmente reconocer entre muchos: eran el recuerdo de una historia..... de una tragedia. ¡Con qué angustias mortales habria llevado allí su dueño, aquella escribanía con las iniciales de la esposa enferma, aquel reló consultado tantas veces con impaciencia, para saber los minutos que faltaban para ver á la muger adorada? El dolor de llevar estos objetos á aquel lugar siniestro, estuvo sin duda templado por la esperanza de rescatarlos; esperanza que, como tantas otras, quedó defraudada, y que despues de un largo *via-crucis*, fue á sepultarse en la fosa comun de un cementerio.

La pena que este recuerdo me produjo, el esfuerzo que hice para no profanarla vertiendo lágrimas en aquel lugar, produjeron en mi ánimo un grado de exaltacion tal, que me pareció que todos aquellos objetos recibian vida y voz, y me decian:—Yo estoy aquí depositado por la muger impúdica, que me recibió por precio de sus favores, y me vende para satisfacer sus caprichos.—Yo soy un presente del engañado esposo, traído por la adúltera para agasajar á su cómplice.—Yo fui sustraído por el hijo indigno á la madre confiada.—Yo pertenezco á una muger honesta; me han empeñado para obsequiar á una ramera, é ir á probar fortuna á un garito.—Yo he sido robado y traído aquí por el ladron.—Yo he sido depositado por la noble criatura, que quiso desprenderse de sus alhajas para sacar á su marido de un compromiso de honor.—Yo he venido para contribuir á la redencion de un soldado.—Yo cubria el lecho de un enfermo, habia cubierto el tálamo nupcial de la desolada madre que aquí me dejó, para comprar las medicinas que no salvaron ¡ay! á su pobre hijo.....

¡Basta! ¡basta! y salí de aquel lugar con el corazon tan oprimido y la imaginacion tan exaltada, que al bajar la escalera me parecia ver á mi lado al ladron que se iba riendo, y á la madre infeliz que iba llorando.....

Pasaron horas; necesité muchas para calmarme, y tranquila ya, pensé que si los objetos vendidos en la casa de empeño carecían de vida, no era menos cierto lo que significaban, y si pudieran hablar, habrían dicho lo mismo que en mi exaltación me pareció oír.

Las Casas de Préstamos, son una gran calamidad y una gran vergüenza. Queremos tratar la cuestión hoy bajo el punto de vista de la caridad, y prescindiremos de si, en virtud de la libertad de los contratos, la ley debe sancionar, y *aprobar el Gobernador de la provincia*, lo que no puede ni quiere hacer ninguna persona honrada. Vamos á los hechos, tales como existen.

En las casas de préstamos mas autorizadas se da dinero sobre ropas y alhajas, con las condiciones siguientes:

1.^a Tasación del objeto empeñado, *hecha de mútua conformidad*, pero que es raro que llegue á la mitad de su valor, y es por lo común de la tercera ó cuarta parte.

2.^a El tiempo del empeño son seis meses; pasado este plazo, si no se pagan los intereses se pierde el objeto, sin abonarse nada por la diferencia entre el valor de la tasación y la cantidad prestada.

3.^a El interés es de SESENTA POR CIENTO.

4.^a El establecimiento no responde de los objetos en caso de robo, incendio, polilla, etc.

Es decir, que sin ningun riesgo, con poco trabajo y menos inteligencia, se saca un *sesenta por ciento* al capital.

¿Cómo va nadie á empeñar á las Casas de Préstamos con tan onerosas condiciones, teniendo el Monte de Piedad, donde se presta al *seis por ciento*, se hacen tasaciones aproximadas al valor del objeto, se abona el esceso que haya entre el valor en venta y el dado por la prenda, caso de no desempeñarla, y se espera un año? Aunque parezca imposible, es lo cierto que la gran mayoría de los que empeñan van á las Casas de Préstamo. Apenas visitamos pobre que en ellas no tenga una parte de su equipo: la ignorancia, el error y el descuido, son responsables de este mal, como de tantos otros. La culpa está en todos, como sucede con las grandes calamidades, que tal consideramos las Casas de Préstamos. En vez de acusar á las autoridades y pedirles el remedio de cualquier mal, ¿no sería mejor ver si está en nuestra mano, y ponerle? ¿Qué sucede, por ejemplo, con los revendedores de billetes para las diversiones públicas? La autoridad podía y debía perseguirlos. ¿Pero no podía el público acabar con ellos, por el medio sencillo de no pagar nunca una localidad mas que por su valor? ¿Qué mas da ver una función hoy que mañana? ¿Con qué derecho reclama el público contra una estafa de que es el principal cómplice? Su queja, ¿no puede traducirse por estas

palabras: —Yo soy tan insensato, que si tú, Autoridad, no me imposibilites absolutamente de hacer una necesidad, la haré, en perjuicio de mi bolsillo y provecho de una especulación inmoral?

La especulación de las Casas de Préstamos, es por muchas razones aún mas inmoral que la de los revendedores, porque se ejerce fomentando el vicio y el crimen, ó esplotando la miseria del modo mas cruel. Todos podemos hacer algo para disminuir los males que causa, y todos debemos hacerlo.

No compremos ningun objeto en Casas de Préstamos, ó procedente de ellas, aunque se venda muy barato: por la pequeña ventaja que nos pueda resultar, nos hacemos cómplices de una infraccion de la ley moral, y esta cantidad que ganamos, es una parte de la que pertenecia al desdichado dueño del objeto comprado.

Procuremos ilustrar á las personas que tratamos, y sobre todo á los pobres, haciéndoles comprender la ventaja de ir al Monte de Piedad, donde se presta, segun hemos indicado, *al seis por ciento; haciendo una tasacion equitativa; esperando un año; y en caso de venta, dando al dueño del objeto la diferencia entre su valor en venta y la cantidad prestada.* Se reciben objetos hasta el valor mínimo de 10 rs.

Pero no basta evitar toda complicidad con las Casas de Préstamos, negándose á comprar todo lo que en ellas se vende; no basta generalizar la idea de las ventajas que tiene acudir al Monte de Piedad; es necesario que cada cual, en la medida de sus fuerzas, procure aumentar el número de estos establecimientos, y el de las sucursales en las poblaciones grandes, en que ya existen. En Madrid, por ejemplo, debería de haber, por lo menos, una sucursal en cada distrito, dando publicidad por todos los medios posibles, tanto del lugar en que se instalaba, como de las condiciones con que se hacian los préstamos: todo es poco, nada basta para combatir el descuido, el error y la rutina.

La mayor parte de las poblaciones de España, aun de las mas importantes, carecen de Montes de Piedad, y podian tenerlos sin mas que un poco de buen deseo, porque no se trata de hacer sacrificios pecuniarios, toda vez que el capital empleado tiene hipoteca segura, y gana un razonable rédito.

El primer Monte de Piedad, establecido en Perusa á mediados del siglo XV por el Padre Bernabé de Terni, de bendita memoria, obtuvo de la caridad el capital para su instalacion; otras poblaciones siguieron tambien este generoso ejemplo; pero hay muchas en que esta utilísima institucion se ha planteado y crecido sin recibir limosna alguna.

El gran número de Montes de Piedad que existe en Francia, por

ejemplo, forma su capital por un sistema que pudiera llamarse misto, puesto que las sumas que le componen son:

1.º Los fondos de que ha podido disponer la administracion con destino á socorros para pobres.

2.º Las fianzas de los empleados que necesitan darlas.

3.º Emision de acciones tomadas por particulares, que al mismo tiempo que sacan un rédito razonable á su capital, contribuyen á una obra de caridad.

4.º Empréstitos, dando billetes al portador por un año, y con un rédito que varia segun el estado de la plaza.

¿No podia intentarse algo parecido entre nosotros? Una Autoridad celosa, algunos particulares que, sacando utilidad de su dinero, prestasen á los pobres un gran servicio, ¿no podian empezar, aunque fuera en corta escala, una obra cuya bondad acreditaría la experiencia?

Hemos dicho la Autoridad, porque estamos en España acostumbrados á contar para todo con ella; por lo demás, bien seria que, sin recurrir á su auxilio, se intentara dar impulso á los Montes de Piedad, siquiera no fuese mas que para apartarlos de las tempestades políticas, y que no vieran, como el de Madrid ha visto despues de la revolucion, separar á empleados antiguos, probos y llenos de celo por el establecimiento, para sustituirlos por otros que tenian favor. Con estos cambios, reprobados por la justicia, padece el crédito de estos establecimientos, cuyo personal escogido, intachable, debe ser inamovible mientras cumpla con su deber. Que sea esta la primera cláusula de sus estatutos, si nuevos Montes de Piedad se fundan alguna vez; que nada cambie en ellos en los cambios políticos; que se aparten en todo de las tradiciones de la beneficencia oficial, donde tantas veces se une en desdichado y monstruoso consorcio, el hielo de la indiferencia y el fuego de la pasion.

Concepcion Arenal.

LA POLITICA EN BENEFICENCIA.

En los tiempos pasados, hasta el último siglo, se ocupaban únicamente de la cosa pública los que se llamaban *Estadistas* ú hombres de Estado, que eran pocos: hoy son tantos los que se proclaman cultivadores de la ciencia de gobernar, que hay escuelas, maestros y discípulos en todas las clases, en cualquier lugar, para todos los gustos, capacidades é inclinaciones. La política no solo es ciencia

en las aulas y en los libros, es arte, y aun la han convertido muchos en oficio y modo de vivir. Desarrollado el espíritu político en las Constituciones modernas con la declaración de derechos, y abiertos palenques de discusión en los Congresos, Diputaciones, Municipios, Colegios electorales, Periódicos, Liceos, Clubs, Comités y todo género de Asambleas populares, la política lo ha invadido todo, preocupa á la generalidad militante, y apenas hay persona que se vea libre de esa avasalladora dominación.

Hasta qué punto pueda ser bueno ó malo ese prurito, no es ocasión de ventilarlo. Dejando aparte las opuestas pretensiones de absolutistas y liberales, de conservadores y demócratas, yo creo firmemente que el predominio de la política no conviene á muchas clases de la sociedad, y que debia ser peculiar de los hombres que á ella directamente se consagran. Pocas profesiones pueden vivir tranquilas y prósperas con el hervor político; porque casi todos los ciudadanos que han de ganar la subsistencia trabajando en las ciencias, en las artes, en el comercio, etc., pierden evaporándose, distraiéndose y comprometiéndose en las cuestiones ardientes de la política. Lo que estas se ilustrarán con la injerencia de gentes iliteratas, necesitadas de un sueldo, de un salario, de un jornal ó de una limosna, lo dice el comun sentido: si los estadistas y políticos de carrera apenas aciertan á resolver los problemas complicados de la gobernación, no parece probable que la multitud revuelta los estudie mejor.

Aún mas: para ciertas instituciones, clases y personas, la política es tan nociva, que debieran estar muy lejos de ella. No se confunda el derecho natural de pensar, con el social de dirigir los negocios comunales. El clero, los profesores titulares de ciencias médicas, los maestros de escuela, están consagrados á tratar, convivir y prestar servicios al pueblo entero; y les daña seguramente el afiliarse en bandos y parcialidades. Si han de tener prestigio con todos y para todos, es convenientísimo, es indispensable, que no sean hombres de partido.

Pero donde mayor es el mal de la pasión política, tan exagerada é intolerante como la religiosa, es cuando se trata de los establecimientos de beneficencia ó de las personas benéficas, ya individual ó colectivamente. La virtud de la caridad ni tiene pátria, ni casta, ni época: es cosmopolita, propia de todos los pueblos y razas, se aviene con todos los sistemas, y florece en todos los tiempos. ¿Cabe en lo justo que, para amar á nuestros semejantes, les pidamos el pasaporte de la opinión política? ¿Se concibe que quien siente en su alma el celo santo de consagrarse á los desdichados, repare en si estos son de tal ó de cual fracción política? Por desgracia de los pobres y

mengua de la humana flaqueza, el tinte corrosivo de la política también ha manchado el purísimo lábaro de la caridad cristiana y de la beneficencia filosófica. ¿No lo cree el lector? Pues vea tres bocetos, trazados con rudo pincel, pero que por lo verdaderos pueden llamarse copias del natural, y por lo recientes de las escenas representadas, son pinturas de actualidad; cuadros vivos.

Entre tantas instituciones benéficas como han nacido del espíritu eminentemente caritativo de San Vicente de Paul, de aquel varón lazarista del siglo XVII, que otro siglo después declaró Clemente XII digno del culto de los fieles (1), se fundaron modernamente las *Conferencias*, que llevan el título del Santo. Las vimos introducir en España, y extenderse con grande rapidez y con pasmosos resultados, socorriendo la indigencia, aliviando y moralizando á las clases necesitadas. No hace á nuestro propósito investigar la causa, pero es el hecho que la gran mayoría de los inscritos en las *Conferencias de San Vicente de Paul*, fueron personas de opiniones moderadas ó absolutistas.

Bastó este color para que la pasión política las mirase con recelo, para que dejaran de asociarse liberales de pura raza, que por otra parte tenían sentimientos benéficos como los otros. La pasión política siguió explotando la opinión contra esas asociaciones, suponiéndolas planes, miras, trabajos y tendencias que no ha justificado el tiempo; y á medida que las Conferencias crecían y producían efectos más pasmosos, crecía la suspicacia, atribuyendo los milagros propios de la caridad, á confabulaciones, casi siempre estériles ó mezquinas. Truena la revolución, y uno de sus primeros rayos descarga sobre el instituto benéfico, matándole por completo. ¿Qué alma sensible hay en la actualidad, qué corazón puro, qué cerebro sano, que no reconozca la equivocación con que se procedió, y el mal que se ha hecho al mundo indigente?

Repíte el cólera-morbo asiático una de sus invasiones en Barcelona y Madrid, y á las necesidades grandes de las gentes pobres se agrega el terror de la agonía, y una horrible mortandad. Se alza una voz de compasión hácia tanta desdicha, y se improvisa la sociedad filantrópica de los *Amigos de los pobres*. Pero la han iniciado, la dan vida y se unen á ella elementos liberales; y aunque ejercen la caridad con abnegación y valor admirables, no puede la pasión po-

(1) Pocos habrán sido con más justicia canonizados que San Vicente de Paul. No hay que temer que á él le alcance el dicho de San Gregorio, alegado en la canonización de San Buenaventura: «Muchos cuerpos se honran en las tierras, cuyas ánimas padecen en los infiernos.»

lítica prescindir de las personas. Empieza la censura y el retraimiento en los otros bandos, y se copia la misma táctica y el propio criterio avieso de suponer miras políticas. ¡Desdichada pasión, que adultera y envenena los sentimientos mas nobles y santos! ¡Vicio detestable el que, como la roedora envidia, no mira con placer el bien cuando procede del adversario!

El tercer cuadro está mas fresco. Desea una Señora ilustre, una joven reina, tomar parte en las satisfacciones que tienen los que se dedican á la beneficencia; y lo desea sin duda para acreditar su interés por la patria adoptiva, haciendo bien al huérfano, al abandonado, al enfermo y al recluso. ¿Hay mejores lazos que los que nos unen por la virtud sólida de la caridad? Pues la pasión política rechaza la ayuda por mera acepción de personas; no acepta lo bueno y lo santo, si presume que puede favorecer ó dañar á los partidos; prefiere que sobresalga la hostilidad por encima de los dolores, lágrimas y ayes de los que esa cooperación régia podía aliviar. Primero la pasión dominante, que el sentimiento innato; mejor la acepción de personas, que la esencia de la virtud; antes la política, que la caridad.

Dejando aparte lo que hay en esta conducta de poco cristiano, únicamente cabe explicarla por la rabiosa pasión política: que personas sensatas repudian lo que en sí y en sus amigos celebrarían, por la mala razón de que se ejecuta con otro ropaje que el suyo y por quien no pertenece á su bando; que gentes de posición social, bien doctrinadas, y que hacen alarde de cristianas y caritativas, se nieguen á ampliar los beneficios, unidas á otras personas de iguales sentimientos, sin otro pretexto que el interés de partido, de que podía y debía prescindirse en aquel momento y para tales actos, es lo que no se comprende bien y nunca se deplorará bastante.

No, no pensaron bien, no obraron bien los que anularon las *Conferencias de San Vicente de Paul*; ni los que dejaron de ayudar á los *Amigos de los pobres*; ni los que rechazan cooperaciones poderosísimas para cuanto puede ser provechoso á los establecimientos de beneficencia, y consolador para los afligidos. De antiguo viene diciendo el proverbio, que *no quita lo cortés á lo valiente*: muy bien pueden conciliarse la consecuencia, las aficiones y las ideas políticas, con la filantropía, la beneficencia y la caridad.

Un gran teólogo del siglo XVI decía de un Marqués que se daba á los *ejercicios espirituales*, sin enmienda: «Yo hasta ahora imaginaba que la gracia no destruía la naturaleza, sino la perfeccionaba; y que los ejercicios de cristiano no quitaban el sér de caballero al que los hacía; antes si era Señor, le hacía mejor Señor.... que si el zapatero

haciendo ejercicios cosiese peor el zapato, y el cocinero guisase mal la olla, no lo podríamos sufrir, por mas que nos alegase que se da á devocion y meditacion.» Que aplicado el cuento quiere decir: Yo pensaba que los que creen y se consagran á la beneficencia, no desdenarian la cooperacion para el bien por acepcion de personas y espíritu de partido, antes le acogerian con la atencion y urbanidad que pide la buena crianza, y con el fervor que produce la caridad, cuando es verdadera.

De mí sé decir, que no me uniria, á sabiendas, con el que pase por mas santo, con el mayor amigo, con mi pariente cercano, para ejecutar un acto punible ó indecoroso; pero lejos de tener reparo me asociaria de mil amores con el mas opuesto á mis ideas, con el mas extraño á mi pátria, con cualquier adversario en otros terrenos, cuando se trate de que aunados hagamos beneficios á nuestros hermanos los pobres. Así comprendo la doctrina religiosa y social; así entiendo que la han enseñado los filósofos y doctores de todos los siglos; así juzgo que cumple á un español rancio de los que querian *ser justos y benéficos*, y á un cristiano viejo que aspira sinceramente á guardar el primero de los mandamientos, de *amar á Dios y amar al prójimo*.

Barajas de Melo 5 mayo 1871.

Fermin Caballero.

EL MEDICO.

No está bien comprendida entre el vulgo de las gentes la alta mision del profesor de medicina. Juzgando unas veces por excepciones de mercantilismo empírico, que las hay en esta profesion como en las demás, y otras por el principio absurdo de creer que el médico ha de ser omnipotente, cual si fuera Dios, para curarlo todo, se mira con cierta prevencion á esos mismos hombres de ciencia, á quienes, sin embargo, en la hora del sufrimiento y del peligro llamamos con premura á nuestro lado.

Guárdase, generalmente hablando, la consideracion para el abogado que defiende nuestra hacienda, para el arquitecto que hace nuestra casa, para el profesor que ilumina nuestro entendimiento, y hasta para el artista que recrea nuestra imaginacion. La indiferencia y el desden se reservan, y mas sucedia en tiempos pasados que ahora, para el hombre que defiende nuestra vida de sus enemigos ocultos que son las enfermedades, empleando para ello largos años de estudio y una existencia consagrada al trabajo mas desagradable.

Mucho pudiera decirse sobre esta injusticia de la opinion pública, que ella misma, mejor ilustrada, es quien debe corregirla, como ya ha empezado á hacerlo. No vamos á ocuparnos de esto. Queremos solo, como objeto pertinente á nuestra Revista, presentar al médico bajo el aspecto de la caridad.

Parécenos percibir en algun lector cierta burlona sonrisa al leer estas palabras. Para entendimientos vulgares no es extraño que aparezca antitética la idea de la caridad aplicada al ejercicio de una profesion remunerada, porque en el mero hecho de pagarla, la miran casi como un oficio mecánico, y no, cual es realmente, como un sacerdocio de la ciencia, encargado de velar por la conservacion de nuestra vida. Pero fijado de este modo el carácter del médico, justo es que lo analicemos en lo mucho que vale, y en este análisis veremos brotar benevolencia y caridad, que quedan casi desapercibidas.

El médico pasa su juventud en el estudio y en las prácticas repugnantes de la clínica; su vida ya madura en los hospitales, en la cabecera de los enfermos, en la cátedra, en las poblaciones apesadas, en los campos de batalla, hasta en los buques exploradores que van á luchar con los elementos; en todas partes vemos la figura simpática del médico, que sirve de consuelo al que padece, y de esperanza al que está próximo á perderla por completo.

En el ejercicio de esa humanitaria profesion, bien podemos decir que toda ella está impregnada de caridad, porque su base es dar alivio y consuelo á los que sufren. ¿Qué importa que se remunere, como es justo hacerlo con todo trabajo que otro presta en servicio nuestro? Para el médico poseido de la sublimidad de su mision, el pago material es lo menos; es la prosa inherente á casi todas las acciones humanas; detrás de ella, sobresaliendo por ella, está el afan con que emplea su ciencia para calmar los ayes dolorosos del enfermo, el interés con que busca en los libros nuevos medios de combatir el mal, la benevolencia con que consuela al paciente, y la bondad con que tranquiliza á la familia afligida. Con el dinero podremos pagar la materialidad de la visita del médico, pero ¿con qué pagaremos la del médico caritativo?

Todavía resalta esto mas tratándose de enfermos pobres. Allí no hay lucro que esperar ni lucimiento de ninguna clase; todo se hace en la oscuridad y en el silencio de una miserable vivienda: y sin embargo no es raro, y sí muy frecuente, que el médico se apasione por su enfermo, le mire con interés compasivo, y emplee el mismo esfuerzo de inteligencia y de asiduidad, que si se tratase de un amigo antiguo ó de un cliente dadivoso.

Finalmente, suele haber situaciones y escenas en que todo el oro del rico no bastaría á pagar la abnegacion del médico. Hay una epidemia mortífera: todos huyen; el médico podría hacer lo mismo, porque la ley de Sanidad ha declarado libre y voluntario el ejercicio de su profesion; pero se queda en la ciudad, solo porque es médico, y arriesga su vida, exponiéndose mas que nadie al contagio.

Ocorre una desgracia en la calle ó en el campo: nosotros podremos limitarnos á una compasion estéril, pero el médico no. Sea la hora que sea, haya ó no peligro, trátase de ricos ó de pobres, deja las comodidades de su casa, y corre adonde hay sangre que restañar ó moribundos que asistir.

En la guerra sobre todo, en ese ancho campo donde se debaten, con cañonazos y no con razones, las contiendas de los pueblos ó de los Reyes, donde en un solo dia se cuentan por miles los muertos y los heridos; donde no hay espectáculo que no sea desgarrador, ni escena que no sea dolorosa; allí, tras del soldado que va á matar con furor, aparece el médico que va á curar con ternura, lo mismo al amigo que al enemigo. Las ambulancias de Sanidad militar son, á la par que un grande adelanto moderno, una bandera de neutralidad para acoger al herido, que sucumbiría falto de auxilio, porque la ley terrible de la guerra ordena herir al que se defiende, pero prohíbe rematar al moribundo.

Esa neutralidad, sin embargo, no siempre es respetada, y á veces sirve de engañador abrigo al médico, que bajo su amparo corre á ejercer su mision salvadora entre los combatientes. La desventurada Francia, en la desastrosa guerra civil que la está devorando, ha ofrecido recientemente, de esto, una prueba dolorosa.

El Dr. Pasquier, anciano ya, médico distinguido, cirujano hábil, cuyos brillantes servicios atestiguaba la cruz de oficial de la *Legion de Honor*, acaba de perecer, inicuamente sacrificado en el ejercicio de su peligrosa mision. Era un dia de combate en las cercanías de París. El General Vinoy le habia dado el encargo de establecer en Neully una ambulancia para recoger heridos de una y otra parte. El Dr. Pasquier, sin vacilar, á pesar de la inminencia del peligro, sin mas defensa que el brazal con la cruz roja como distintivo de neutralidad, se presentó en el puente, donde le recibieron unos guardias Nacionales. El Doctor les esplicó el objeto que le traía, y pidió que le dejaran pasar á él y á los individuos de la ambulancia, á fin de establecerla en una casa del arrabal de Neully. Los guardias consultaron á su jefe, quien accedió á la peticion de Mr. Pasquier, y dió orden de que se le dejara pasar. Apenas habia dado dos pasos, salió del lado derecho del puente un tiro que dió en el pecho del

Doctor, dejándole cadáver. Atónitos los guardias Nacionales detuvieron en el acto al asesino, que resultó ser un joven de 16 años; quisieron castigarle en el acto, y no sin grandes esfuerzos lograron los oficiales que se le condujese preso al cuerpo de guardia de la puerta Maillot.

Ejemplos como este no son raros en todas las contiendas civiles ó internacionales. Si en ello vemos solo un deber cumplido exactamente, respetémosle como tal, que no es la época, en verdad, para que pase desapercibido, por ser comun, el mero cumplimiento de un gran deber; pero si reflexionamos que en ello hay abnegacion heroica y sacrificio generoso de la vida, rindamos un tributo mayor de respetuosa consideracion hácia los mártires de la ciencia y de la caridad.

Antonio Guerola.

LA CUESTION SOCIAL.

La Voz de la Caridad cree, que su mision no debe limitarse á escitar los sentimientos benévolos en favor de los pobres y los presos, á presentar como ejemplo los establecimientos en que el dolor halla consuelo, á denunciar los abusos de aquellos en que los desvalidos sufren por culpable abandono. *Caridad es amor*: el que ama, procura en tódo el bien del objeto amado; y pocas cosas pueden hacer tanto mal á los pobres, como los errores económicos que por medio de la prensa y de la tribuna se propagan, á impulsos de las pasiones y del interés mal entendido. El error y la pasion ponen las armas en la mano de los pueblos y de los gobiernos; el error y la pasion son dos grandes aliados de la miseria: combatirlos es combatirla, y conjurar el choque sangriento de las luchas homicidas. Felicitamos de todo corazon á los que han ido á San Isidro á discutir con los obreros, y se preparan á combatir también por medio de la prensa, los desdichados errores de *La Internacional*. Bien de la pátria y de la humanidad merecen los que valerosamente hacen tan noble empleo de su inteligencia, y llevan luz á ese enmarañado caos: si es justicia aplaudirlos, deber es secundarlos. Nuestra débil voz se une á la suya poderosa. Sabemos que personas tan ilustradas y competentes, dirán mas y mejor que nosotros; pero las verdades importantes deben repetirse bajo todas las formas y en todos los tonos. Careciendo de ciencia, el buen sentido dictará nuestros argumentos, que por este motivo tal vez en algun caso estén mas al alcance del pueblo, tan semejante en algunas cosas á los niños, de quienes las

mujeres nos hacemos entender con facilidad. Como las aspiraciones de nuestra obra son modestas, su forma será familiar; vamos á escribir *cartas á un obrero*.

CARTAS A UN OBRERO.

Carta primera.

Apreciable Juan: Te he oído afirmar como verdades, tantos y tan graves errores económicos, que no puedo ni creo que debo resistir al deseo de rectificarlos. Para que tú me oyeses sin prevencion, quisiera que te persuadieras de que te hablo con amor, de que me duelen tus dolores, y de que no soy de los que se apresuran á calificar tus males de inevitables, por evitarse el trabajo de buscarles remedio. A este propósito voy á repetirte lo que te dije en otra ocasion (1), porque tengo fundados motivos para creer que no lo has oído.

«Te engañan, pobre pueblo; te extravían, te pierden. Derraman sobre ti la adulacion, el error y la mentira, y cada gota de esta lluvia infernal hace brotar una mala pasion, ó corroe un sano principio. Cuando, impulsado por el huracán de tus iras, te lanzas sin brújula á un mar tempestuoso que desconoces, en lugar de las armonías que te ofrecian, oyes la voz del trueno, y á la luz del rayo ves los escollos y los abismos en que se han trocado aquellas deliciosas mansiones que te ofrecian, y vislumbrabas en sueños.

«Han acostumbrado tus oídos á palabras falaces, y acaso no escuches las verdades que voy á decirte, porque te parezcan amargas; pero créeme: cuando la verdad parece amarga, es que el alma está enferma, como lo está el cuerpo si le repugnan los alimentos que deben nutrirle. Yo no he calumniado á los que aborreces; no he lisonjeado tus pasiones; no he aplaudido tus extravíos; pero te amo y te compadezco siempre, y si no te he dado ostentosamente la mano en la plaza pública, la he colocado sobre la frente de tus hijos, que la inclinaban humillados en la prision, ó la dejaban caer en la dura almohada del hospital. Mi amistad no ha brotado de tu poder, sino de tus dolores; soy tu amigo de ayer, de hoy, de mañana, de siempre; mi corazón está contigo para aplaudirte cuando obras bien, para censurarte cuando obras mal, para sufrir cuando sufres, para

(1) *A los vencedores y á los vencidos*, opúsculo publicado despues de la insurreccion republicana el año de 1869.

»llorar cuando lloras, para avergonzarme cuando faltas..... Aunque
 »mis palabras te parezcan duras, espero que dirás en tu corazón:—
 »Esa es la voz de un amigo.»

Si esto dices, dirás verdad, y escucharás sin prevención, que es todo lo que necesito.

Esta mi primera carta va encaminada á disuadirte de recurrir á la violencia, y á probarte cuánto te equivocas creyendo que puedes promover trastornos y tomar parte en rebeliones, sin perjuicio tuyo *porque no tienes nada que perder.*

Si alguna vez te enseñan historia, Juan, historia verdadera, y no la desfigurada para que se encajone en un sistema ó le sirva de apoyo, entonces verás que la violencia no ha destruido una sola idea fecunda, ni planteado ninguna irrealizable. Y esto sin saber historia puedes comprenderlo, porque ya se te alcanza que la violencia no puede hacer milagros, y sería uno que la fuerza aniquilase una verdad ó diera vida á un error. Está por escribir un libro muy útil que se llamará cuando se escriba: *La debilidad de la fuerza.*

La fuerza que se sostiene, es porque está sostenida por la opinión, porque es como su representante armado. Si contra ella quiere luchar, cae; si la fuerza apoya injusticias, es porque en la opinión hay errores: rectificarlos es desarmarla.

Tú dices: ¿por qué no he de emplear la fuerza para hacer valer mi derecho? Prueba que lo es, que aparezca claro, y triunfará sin recurrir á las armas, que no han salvado nunca á ninguno; y si esta prueba no haces, y si este convencimiento no generalizas, con razón ó sin ella, serás víctima de la violencia á que apelas. La fuerza contra derecho reconocido, *reconocido*, ¿lo entiendes? se llama *violencia*, séalo, ó no, y se detesta, y se combate y se derriba. La violencia, si viene de arriba, no puede durar mucho; si viene de abajo acaba antes, porque tiene menos arte, menos miramiento, menos hipocresía; prescinde de toda apariiencia, y rompiendo todo freno, se desboca y se estrella: la tiranía de las masas es terrible como una tempestad, y como una tempestad pasa.

Hablando de la libertad política te decia.

«¡Las armas! ¿Cuándo nos convenceremos de que detrás de una
 »masa de hombres armados hay siempre un error, un crimen ó una
 »debilidad? ¿Cuándo nos convenceremos de que la opinión es la ver-
 »dadera guardadora de los derechos, y que los ejércitos la obedecen
 »como el brazo á la voluntad? ¿Cuándo enseñaremos al pueblo que
 »las cadenas se rompen con ideas y no á bayonetazos; que ese fusil
 »con el que imagina defender su derecho, se cambia fácilmente en
 »auxiliar de su cólera, y que desde el instante en que se convierte

«en instrumento de la pasion, allana los caminos del despotismo?» (1)

Y si esto es verdad en las cuestiones políticas, ¿qué no será en las económicas, cuyas leyes inflexibles no se dejan modificar ni un momento por ninguna especie de coaccion? Pero no anticipemos: hoy solo me he propuesto exhortarte á que encomiendes tu derecho á tu razon y no á tus manos; y á que no incurras en el error de que los trastornos no te perjudican *porque no tienes que perder*. Veamos si no.

Eres jornalero. No tienes propiedad alguna. Si no hay contribucion de consumos, no pagas contribucion. Puedes incendiar, destruir caminos, telégrafos y puentes, sin que te pare perjuicio. Si se imponen mas tributos, otro los satisfará; si se dejan de cubrir las obligaciones del Estado, poco te importa, no cobras un real del presupuesto. Puedes hacer daño, mucho daño, á los otros, sin que te resulte ningun mal. ¡Error grave, blasfemia impía de la ignorancia! Nadie hace mal ni bien sin que le toque una parte; así lo ha dispuesto la admirable providencia de Dios.

Para reparar los caminos, los puentes, los telégrafos destruidos, hay que aumentar los impuestos ó dejar desatendidas otras obligaciones.

En la lucha han muerto muchos combatientes; en vez de disminuir el ejército hay que aumentarle: los que tronaban contra los soldados y contra las quintas quieren quintas y soldados, porque han cobrado miedo al robo, al incendio, al asesinato, á la destruccion llevada á cabo por las masas; á lo que se llama, en fin, el reinado de la demagogia. De resultas de todo esto, tu hijo, que debía quedarse en casa ayudándote, va á ser soldado.

La destruccion de los caminos dificulta los trasportes, los hace imposibles por algun tiempo; los artículos suben; tienes que pagarlos mas caros.

Cuando no hay seguridad completa ni en los caminos ni en las ciudades, muchos capitales se retiran; los que continúan en las especulaciones mercantiles é industriales sacan mayor rédito, por el mayor riesgo y la menor concurrencia. Esto se traduce en carestía para ti.

El que tiene tierras, el que fabrica el pan, el que vende la carne, el que teje el lienzo, el que hace los zapatos, se ven abrumados por las contribuciones, aumentadas [para reparar tantos daños y mantener tantos soldados, y te venden mas caros por esta razon, el pan, la carne y los zapatos.

Los ricos huyen de un país en que no hay seguridad, ni paz, ni sosiego; van á gastar al extranjero sus rentas; los capitales emigran ó se esconden; no se hacen obras, y no tienes trabajo.

Imploras la caridad pública; pero por la misma razon que hay poco trabajo, hay poca limosna; y ¡quién sabe si la caridad no se resfria para ti, diciendo que tu desgracia es obra tuya, y mirándola como un justo castigo!

(1) *A los vencedores y á los vencidos.*

Enfermas, y tienes que ir al hospital. La pobreza y el desórden del Estado se refleja allí de una manera bien triste: no hay ni lo mas indispensable, y sufres horriblemente, y tal vez sucumbes de tu enfermedad, que era curable, ó de una fiebre hospitalaria, consecuencia de la acumulacion y el abandono, de la falta de caridad y de recursos.

Cuando las contribuciones son desproporcionadas, ¿á quién abruman principalmente?—A los pobres.

Cuando el hospital carece de recursos, ¿quiénes sufren en él, además de la enfermedad, las consecuencias de la penuria?—Los pobres.

Cuando no prospera la agricultura, ni la industria, ni el comercio, ¿quiénes emigran á remotos y mortíferos climas, de donde no vuelven?—Los pobres.

Cuando no se paga á los maestros y no enseñan, ¿sobre quién recaen de una manera mas fatal las consecuencias de la ignorancia?—Sobre los pobres.

Cuando se enciende la guerra, ¿qué sangre corre principalmente en ella?—La sangre de los pobres.

Y todavía dirás, Juan, y creerás á los que te digan que no estás interesado en el orden porque no tienes que perder. ¿Qué entendéis por *perder*, ó qué entendéis por *orden*?

Sí el tiempo que se ha empleado en declamaciones huecas, absurdas ó fuera de tu alcance, se hubiera invertido en enseñarte verdades sencillas, sabrías que cuando destruyes cualquier valor, tu propia riqueza destruyes; que cuando te esfuerzas por perder á los otros, trabajas para quedar perdido; que cuando enciendes una hoguera para arrojar en ella los títulos de propiedad, has de pagarla ¡desventurado! con tus lágrimas y con tu sangre.

A poco que lo reflexiones, la verdad será para ti evidente. El pobre tiene lo preciso, lo puramente preciso para no sufrir hambre y frio; al menor trastorno que le quita un dia de jornal, que rebaja el precio de su trabajo ó aumenta el de los objetos que consume, carece de lo mas indispensable, y su pobreza se convierte en miseria. El rico pierde cien reales ó cien duros, cuando él pierde un solo real; pero la falta de este real significa para el pobre carencia de pan, y la falta de los cien duros significa para el rico la privacion de alguna cosa supérflua. Todos navegan por el mar de los acontecimientos; pero el fuerte oleage que en el bajel del rico produce solo un gran balanceo, sumerge tu barquilla. Para que puedas mejorarla, Juan, de modo que sea mas cómoda y segura, necesitas calma, mucha calma: ¿cómo has podido creer que está en tu interés el levantar tempestades?

Concepcion Arenal.